



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º — NÚMERO 32.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada. — 1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO:

La Caridad, por Doña María Sinués de Marco.—**Las violetas**, por Doña María Galan y Godoy de Estéban.—**Una herencia de llanto**, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Á mi prima la señorita doña Juliana Izquierdo**, poesia por Luisa.—**Solo un Dios y solo un culto**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Variaciones**.

LA CARIDAD.

I.

Hay un consuelo para todas las penas de la vida: un bálsamo para todos los dolores: un rayo del sol que disipa todos las tinieblas que incessantemente oscurecen el horizonte de nuestra existencia: la caridad.

Se han visto personas cuyo corazon se hallaba yerto y marchito á fuerza de sentir amargos sinsabores, que en el ejercicio de esta virtud han hallado un consuelo supremo é inagotable, y que en pos de la caridad ha venido á visitarles la esperanza, esa hermosa mensajera del Dios de las misericordias.

La caridad es un beneficio para el que la ejer-

ce, porque nada es tan consolador como el espectáculo del bien que se ha hecho, de la felicidad que es obra nuestra y que ha reemplazado al llanto de la desesperacion.

La caridad lleva en su manto el consuelo y la alegría. El que la ejerce ama á Jesucristo en el mendigo andrajoso y macilento, en la enferma anciana y desvalida, en el niño lloroso y abandonado.

¡Oh caridad! la pureza inmaculada de tu ropaje y la blancura de tus alas toman nueva brillantez al rozarse con la miseria que procuras y consigues aliviar. ¡Tú extiendes tanto tus beneficios que es imposible señalarles un término! ¡No te contentas con dar pan al hambriento, con vestir al desnudo y con prestar consuelo á todos los dolores! ¡Perdonas además todas las penas, y no hay injuria que no haga olvidar tu plácida dulzura!

II.

La caridad es un deber para todos, pero este deber se convierte en una satisfaccion muy dulce para la mujer, porque es innegable que la mujer ha nacido con un caudal más rico de sen-

timientos que el que ha sido otorgado al hombre.

El destino, la principal ocupacion de la mujer, es el amor. ¿Y qué otra cosa es la caridad que un amor grande, generoso y purificado?

El cálculo y el trabajo constituyen la vida del hombre: la de la mujer esta consagrada, como ya dije, al amor.

La caridad debe ser, pues, una ocupacion en la mujer, por avenirse mejor con su organismo, y con el destino que el cielo la ha deparado sobre la tierra.

Á la mujer que reciba en su pecho á esa bella hija de la religion, Dios la colmará de dicha y de prosperidades: con la caridad vendrán la esperanza y la fe, y su vida será feliz y estará exenta de pesares, pues no hay dolor que no endulcen esas hijas del cielo.

¡Feliz aquella que las abriga bajo su techo!

¡Feliz la que consiga que se reclinen en las cunas de sus hijos!

¡Feliz la que les rinde el amoroso culto que merecen!

Las malas pasiones no desgarrarán jamás su seno; la felicidad no se apartará de su hogar, porque la felicidad reside en nosotros mismos, y solo una conciencia pura puede darla.

III.

Si por vuestro daño habeis nacido con una imaginacion ardiente, no la atormenteis con sueños vanos, lectoras mías.

El poder y la gloria no se han hecho para la mujer; su poder está en el ascendiente que pueden darle su dulzura y el exacto cumplimiento de sus deberes; su gloria en la práctica de las virtudes, y su felicidad depende en gran parte de las dulces emociones de la caridad.

Siempre la mujer derrame beneficios en derredor suyo, y los desgraciados á quienes consuele implorarán para ella las bendiciones del cielo; cuide del huérfano, y el Señor de todo lo creado conservará la hermosura y la salud de sus hijos.

Practicad segun vuestro estado la santa caridad, y las lágrimas que enjugueis serán recogidas en una copa de oro por el ángel de vuestra guarda y se convertirán en perlas que servirán para tejer una corona en el cielo.

La caridad extenderá su manto sobre vuestras cabezas para protegeros contra la desgracia, y despues que hayais pasado á una vida mejor, cubrirá con él vuestros sepulcros y hará brotar en ellos flores hermosas, imagen de vuestras virtudes.

Maria Sinués de Marco.

LAS VIOLETAS.

—Si rica de perfumes y colores,
Como al aura de abril rosa temprana
Despiertas á la edad de los amores,
¿Por qué tristes violetas son las flores
Con que tu hermosa frente se engalana?

Puras como del alba los destellos,
No brotan en sus lechos de esmeralda,
Otras flores de cálices más bellos?
—Nunca desprenderé de mis cabellos,
Estas que humildes forman mi guirnalda.

Huérfana triste, del primer gemido
Voz mi pecho exhaló con amargura,
Nadie escuchó el rumor, y confundido
Con el del viento, se quedó perdido
Entre las sombras de la noche oscura.

Llanto sola vertí, y en mi inocente
Dolor al contemplarme sin abrigo
Triste inclinando mi ardorosa frente,
Brotó un eco mis lábios balbuciente
Que iba en busca tal vez de otro eco amigo.

¡En vano quise hallar quien animara
La negra soledad que me envolvía!
Que aunque el fuego mi frente devorara,
Y en el aire mi acento resonara
Otra voz á mi voz no respondía.

Sumida en tan intenso desconsuelo
Desalentada yá, voz misteriosa
Escuché que me dijo:—«Calma el duelo
No estás sola, te miran desde el cielo,
Escuchan tu dolor bajo su losa.—»

Buscando de mis padres el abrigo
Corrí junto á su tumba solitaria,
Su génio tutelar oró conmigo
Y siendo de mis penas dulce amigo
Elevó hasta los cielos mi plegaria.

Y estas tristes violetas que en mi frente
Ves modestas, cuajadas de rocío,
Sus corolas doblaron dulcemente
Y refrescando mi pupila ardiente,
Su llanto unieron, con el llanto mio.

Maria Galan y Godoy de Estéban.

UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(CONTINUACION).

¿Cuál era su porvenir despues de aquel duelo, ya fuese en él vencido, ya vencedor?

Oh! entre la amargura eterna y el eterno sueño, ¿sabia Armando, por ventura, qué era preferible para él?

Su encuentro con Andrea aquella mañana habia acabado de trastornar su razon, y si cualquiera hubiese podido en aquel instante levantar una sola punta del velo que envolvía su pensamiento, hubiese leído en él la resolución desesperada de dejarse matar y terminar así su agonía.

Con la frente oculta entre ambas manos y sentado sobre las gradas de la Cruz, hubieran podido verle Carlos y Rafael, si al sentir el ruido de sus pisadas al crugir sobre la arena, no se hubiera levantado rápidamente, procurando al mismo tiempo dar otro aspecto á su semblante.

Al llegar los dos jóvenes le saludaron ceremoniosamente, y Rafael fué el primero en decir:

—Perdone V., caballero, si le hemos hecho esperar; veo que ha sido mas exacto, y esto me causa un pesar profundo, y este pesar seria mas grande aún si mi tardanza pudiera ser interpretada de un modo poco favorable para mí.

—Tenia un sagrado deber que cumplir en este sitio, respondió Armando solemnemente, y ese deber es el que ha apresurado mis pasos; tenia que orar ante esa tumba.

Rafael nada respondió.

Carlos fué el que habló de nuevo, diciendo al adversario de su amigo:

—Veo que ha olvidado V. una cosa.

—Yo!

—Sí; una de las formalidades que previene el duelo, es la asistencia de testigos, llevados por ambas partes. Yo he venido acompañando á Rafael, y V. ha llegado solo hasta aquí.

—Aunque hubiera querido cumplir esta ley me hubiera sido imposible, caballero.

—Por qué?

—Soy desconocido en el pais, respondió el joven lentamente, y no tengo amigos ningunos en él.

—Sin embargo....

—Mi solo testigo será Dios.

—Caballero....

—Y si es necesario otro mas, evoco la sombra del conde Arturo de Fuensanta, que será buen juez entre los dos.

Rafael miró asombrado á Carlos, y esperaron

una aclaracion de aquellas extrañas palabras.

Pero Armando permaneció mudo é inmóvil.

—Yo no conocí al hombre que acaba V. de nombrar, dijo Rafael, y extraño....

—Su padre de V. le conoció perfectamente, caballero.

—Sin embargo, mi amigo dice la verdad, y yo propongo á los dos....

—Oh! no prosiga V.

—Calla! Carlos.

—Este lance es inevitable.

—Entonces, excusemos palabras inútiles, é inútiles dilaciones.

—Dios juzgará entre nosotros, puesto que uno de los dos es preciso que muera; pero no olvide V., caballero, que una fatalidad terrible me obliga á aborrecer á V.; que al pisar estas montañas despues de doce años de ausencia, traía espantosos proyectos.... proyectos que amenazaban á un anciano, á toda su familia; pero un ángel me recordó que era caballero, y mi conducta, desde entonces ha sido leal. La desgracia me ha encargado de herir; pero lo hago frente á frente y á la luz del sol, en vez de esconderme en la sombra. Ahora, estoy dispuesto.

Rafael se hallaba absorto: hubiera dado la mitad de su vida por obtener de Armando una completa explicacion, y sin embargo, no se atrevia á exigirla de nuevo, porque su empeño no se atribuyera á cobardia.

Y á pesar de todo, aquel joven grave, misterioso y altivo, le inspiraba mas simpatía que aversion, mas lástima que encono.

Y era que en el semblante de Armando habia una expresion tan triste, tan melancólica, que no podia mirársele sin cierta especie de dolorosa compasion.

El amante de Adriana estaba resuelto á llevar á cabo aquel desafio; pero no tenia empeño ninguno en salir victorioso: la vida era tan amarga para él, que casi, casi preferia morir á dar la muerte á su contrario.

Carlos, que asistía á aquel lance de mala gana y de un modo harto violento, se dió prisa á terminar los preliminares de un hecho que ansiaba concluir á toda costa.

Las pistolas estaban allí: una cargada, otra vacía.

La suerte habia desigado á Rafael para disparar el primero, y escogiendo una al azar, se adelantaba hácia Armando, que á su vez, dió algunos pasos tambien.

Carlos, testigo único de aquel hecho, temblaba á su pesar.

Las ramas de los árboles que cercaban la tumba del conde Arturo, estremecidas por el viento,

se agitaban melancólicamente, como protestando de lo que iba á suceder.

Un momento mas y uno de aquellos jóvenes hubiera caído sin vida á los piés del otro, si un grito penetrante no hubiese resonado en el espacio, y si dos niñas, igualmente bellas, igualmente afligidas, no se hubieran lanzado entre los dos competidores.

—Mi hermana! exclamó Cárlos con asombro, reconociendo á Margarita.

—La hija del guarda-bosque! murmuró Rafael fijando los ojos en Andrea.

—Qué es esto? pensó Armando á su vez mirando con sorpresa á las dos jóvenes.

Margarita, pálida, aterrada y temiendo haber llegado demasiado tarde, habia corrido á Rafael y le preguntaba con afán:

—No estás herido? es verdad que no estás herido?

—Margarita, qué vienes á hacer aquí? olvidas que tu lugar está al lado de nuestro padre? gritó Cárlos dirigiéndose á su hermana.

—¿Que qué vengo á hacer, preguntas? oh! á evitar una desgracia, á evitar su muerte que seria la mia, la mia, no lo dudes.

—Esto mas! murmuró Rafael fijando sus ojos en la hermosa niña, con expresion de amor infinito; esto mas, en tal momento!

—Oh! cómo es amado! pensaba entretanto Armando, fijando sus ojos en Margarita con una tristeza inmensa; qué hermosa será para él la vida!

Andrea se habia aproximado á él y le decia con anhelo:

—Tambien mi señorita le ama á V.; tambien yo vengo á suplicar en su nombre.

—Vete, Margarita, vete, dijo Cárlos con voz sombría; este no es el puesto de la señorita de Henriquez.

—Tienes razon, murmuró la jóven con una sonrisa tristísima; tienes razon, y sin embargo...

—Qué?

—Sin embargo, no me moveré de este sitio sin que Rafael me jure desistir de este duelo.

—Pero tú...?

—Yo vengo resuelta á conseguirlo, vengo resuelta á arrastrarme de rodillas á sus piés hasta que uno ú otro cedan á mi ruego.

—Hermana!

—Y tú tambien, Cárlos, tú tambien debes imitarme por bien de nuestro padre, por bien nuestro!

Armando, pálido y con los brazos cruzados sobre el pecho, esperaba el fin de aquella escena.

—Oh, señorita! se atrevió á decir Andrea con su pura y angustiada voz; venga V., venga V.

á rogarle al señor Armando, que él quizá podrá atenderla mejor.

El jóven iba á contestar, pero á su vez quedó inmóvil.

Frente al sitio que ocupaba, y en una senda medio cubierta por el ramaje, dos mujeres, jóven la una, anciana la otra, acababan de aparecer.

Eran Adriana y Doña María.

La primera daba el brazo á la segunda, y ambas venian agitadas y trémulas, y sobreponiéndose apenas á la fatiga.

—Ella! exclamó Armando con una voz indefinible, en que vibraban al par el amor, la angustia y una suprema alegría: ella!

—Mi madre! murmuró Rafael que habia seguido la direccion de la mirada de Armando al escuchar su exclamacion: mi madre!

—Sí; somos nosotras, dijo Adriana con acento trémulo; somos nosotras que venimos á pedir gracia tambien:

La situacion era violenta en extremo, todos los presentes en aquel extraño lugar se miraban asombrados sin saber qué partido adoptar.

Rafael, colocado entre su madre y Margarita, no sabia á cuál de las dos dirigir su voz, y ni queria negarse á su ruego por no desgarrarles el alma, ni ceder tampoco por no aparecer cobarde á los ojos de su contrario.

Éste, solo, separado de todos, sombrío y meditabundo, inclinaba la frente y queria sujetar los latidos de su corazon, fijos los ojos en el nombre de su padre, escrito al pié de la Cruz.

En cuanto á Adriana, pálida como una estatua de mármol, con la mirada inclinada al suelo, sosteniendo y guiando á su madre ciega, parecia la sombra del dolor evocada de aquella tumba.

Doña María, que habia llegado junto á su hijo, le repetia desecha en lágrimas:

—Hijo, hijo mio, todo lo sé, desiste de ese empeño que nos causaria la muerte á tu padre y á mí, desiste de ese empeño que sembraria de duelo nuestro tranquilo hogar!

—Madre...

—Oh! ya te he dicho que lo sé todo: no me niegues que vas á batirte con ese hombre que pidió hospitalidad en nuestra casa con no sé qué funesta intencion; no me niegues que uno ú otro debe morir aquí!

—Es que yo....

—Sí, ya sé que tú no tienes la culpa de nada; ya sé que él te ha provocado! pero eso no importa, llévame, llévame dónde está: quiero preguntarle qué mal le hemos causado para que así quiera hacernos infelices: quiero preguntarle que por qué quiere matar á mi hijo, despues de

amargar el inocente corazón de mi hija!

—Basta, señora, murmuró Armando, yo....

—Basta, madre mia, dijo Rafael interponiéndose entre éste y Doña María, que guiada por su voz, estendia sus manos hacia él.

—Oh! caballero, yo debia aborrecerle á V., yo debia maldecirle.... y sin embargo, todo se lo perdonaré, todo lo olvidaré si desiste de ese duelo, y bendiciéndole con toda mi alma rogaré á Dios que le haga dichoso!

Rafael, irritado por lo que él llamaba la humillacion de su madre, iba ya á proferir algunas palabras violentas, pero Margarita le decia casi al oido con voz agitada y suplicante:

—Oh Rafael! no le desesperes, no le provoques; si tú supieras!...

—Qué?

—Yo tambien con tu madre, yo tambien te rogaré por los dos!

—Y yo, ¿á cuál de ellos podré dirigirme? cuál de los dos me querrá escuchar? dijo Adriana con voz doliente.

—Esto es demasiado! murmuró Armando alzando los ojos al cielo; esto es demasiado para mí: perdona, madre mia, perdona si no te puedo obedecer.

Y alzando la frente y dirigiéndose á la anciana ciega,

—Nada tema V., señora, exclamó: nada tema V. por su hijo; en este momento renuncio á toda idea de venganza contra él.

—Cómo! dijo Rafael: acaso por mi madre...! V. supone....

—Jóven, todo lo pasado no existe para mí.

—Es que V....

Armando hizo un violento esfuerzo y continuo:

—Es cierto: yo he provocado este lance, pero tambien le ruego que admita mis excusas, aquí en presencia del que escuchó mis palabras.

El jóven dió algunos pasos para alejarse sin esperar la respuesta de Rafael.

—Se marcha! gritó Adriana sin poder contenerse, viéndole próximo á partir: se marcha!

—Sí, para siempre, para siempre!

—Y no hemos de volvernos á ver? preguntó la niña con angustia.

—Nunca! respondió Armando con voz sombría; adios!

Andrea, que no habia perdido una sola palabra: Andrea, que sin que nadie se cuidase de ella habia seguido en silencio todas las peripecias de aquella escena, miró á Adriana que desfallecia de dolor en los brazos de su madre, miró los ojos de su bienhechora anegados en un mar de ardorosas lágrimas, y adelantándose algunos

pasos fué á caer de rodillas á los piés de Armando, exclamando con inmenso afan:

—No! por Dios no se aleje V. antes de escucharme, no se aleje V.

—Qué dices! preguntó el jóven admirado de aquella accion.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Á MI PRIMA

LA SEÑORITA DOÑA JULIANA IZQUIERDO.

Me dijiste que á la Virgen
Tres capullos la llevase,
Y en tu nombre los dejase
Ante su divino altar.
Fuí al jardín; susurrando
Estaban cien flores bellas;
Y el céfiro junto á ellas
Perfumaba su cantar.

Eran rosas sin espinas
Con cálices de ambrosía,
Y en cada pétalo, habia
Escondida una cancion;
Y del alba diamantina
Las blancas perlas bordaban
Tres capullos que exhalaban
Dulce y sentida oracion.

Uno á uno fuí cortando
Con entusiasta embeleso;
Y en cada capullo un beso
Y un suspiro deslicé.
Y al quedar tan lindas flores
Ante el altar de María,
Un canto del alma mia
Entre sus hojas guarde.

Luisa.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

—Y él es muy digno de ese afecto, es verdad?

—Sí, sí, es bueno, es noble; yo le quiero.... le quiero como al mejor de los hermanos.

—Como al mejor de los hermanos! y.... nada más?

—Padre mio....

—Escucha Elena, ya que es preciso decírtelo todo: hace mucho tiempo que observo á Carlos, y he notado que él te ama mucho, algo más que un hermano como tú dices; que te ama como se

quiere á la mujer que escojemos para compañera de nuestra vida.

—Qué dice V?

—La verdad, Elena.

—Cárlos amarme? oh! eso no puede ser.

—Nada más cierto, sin embargo.

—Él jamás me ha dicho....

—Él es un jóven digno, que sabe respetar la inocencia de una niña, pero que no puede ocultar sus sentimientos á la esperiencia de un viejo.

—V. se engaña, padre mio: Cárlos es para mí un amigo leal, un compañero de la infancia, pero nada más, estoy cierta de ello. Oh! muy cierta.

—Tú eres una jóven demasiado cándida, y acaso no has notado ese afecto ardiente y profundo que brilla en sus miradas y en sus palabras. pero yo le he observado bien y estoy seguro de que no me engaño: por eso, Elena, quiero saber si tú participas de ese sentimiento, quiero saber si tu serias feliz llamándote esposa de mi hijo adoptivo.

—Yó....

—Sí: háblame con entera libertad; durante los dias de mi enfermedad he pensado mucho en todo esto, me he estremecido por tí, mirando al porvenir, y he resuelto darte un protector, para en el caso que yo te faltase; Cárlos es un corazón de oro, os habeis criado juntos, y juntos habeis crecido á mi lado, iguales en bondad, en rectitud, en todo; ninguno como él te hará dichosa, hija mia, y estoy resuelto á darle tu mano, pronto, muy pronto: antes que te quedes sola en el mundo!

—Á darle mi mano!

—Siempre que tu corazón le pertenezca también.

—Á darle mi mano! ay! eso no puede ser!

—Y por que?

—Por qué....

—Respóndeme con entera confianza: para rechazar á Cárlos es forzoso que tengas motivos muy graves; has notado en él algo que le haga indigno de tí?

—No, señor: es el mejor de los hombres.

—Entónces....

—Y sin embargo, yo no puedo unirme á él.

—Y cuál es el motivo?

—Padre mio, cuando una mujer pronuncia los votos que la ligan á un hombre ese hombre debe ser dueño de su alma, es verdad?

—Sí.

—Debe saber que en su corazón no hay un latido que no le pertenezca, ni en su mente un pensamiento que no haya sido para él?

—Y bien?

—Cárlos, padre mio, sabe que yo amo á otro.

—Qué dices?

—La verdad.

—Y ese otro...?

—Es Ricardo, es su amigo también.

—Oh! y me has ocultado....!

—Perdóneme V., perdóneme V.: yo temia causarle un pesar.

D. Martin guardó silencio un instante, y luego, como asaltado de un repentino pensamiento, preguntó:

—Ricardo es inglés: está mucho tiempo en España, pero sus padres viven en Lóndres, ¿sabes tú la religion que profesa?

Elena quedó inmóvil y muda.

Jamás hasta entónces, se habia hecho á si misma semejante pregunta.

Pero en aquel instante el pasado entero de su madre apareció á su memoria, y temblo instintivamente como si despertara de un sueño al borde de un profundo abismo.

—Sabes la religion que profesa? volvió Don Martin á preguntar.

—No, padre mio, nunca hemos hablado de eso; nuestros amores han sido tan cortos que hasta ahora no nos hemos cuidado del porvenir.

—Mi sueño mas dulce, era verte unida á Cárlos, murmuró el anciano tristemente; pero por nada del mundo contrariaré tu voluntad: una vez he sido severo, severo acaso en demasia, y juro por la memoria de tu madre que seré indulgente contigo; pero, óyeme bien: con una cosa, con una sola seré inflexible siempre; podré perdonarlo todo menos que te ligués á un enemigo de mi fé. Ahora dejemos todo esto, y manda á Águeda que nos sirva de almorzar, aquí mismo, en mi habitacion: estoy débil y no me siento bien: sobre todo, hija mia, quiero que estés aquí, á mi lado, tu vista alegrará mi corazón y la luz de tu mirada disipará las sombras que se han levantado en mi alma con la memoria de otros dias.

La niña obedeció y el desayuno fué servido por Águeda; pero en él no reinó como otras veces la dulce alegría y la risueña expansión.

Uno y otro estaban tristes y preocupados.

D. Martin, porque veia destruido el edificio de la dicha de Elena que habia forjado en su mente; la niña, porque habia en su alma un mundo de temores, de recuerdos y dudas que la hacían presentir muchas lágrimas.

Aquel dia, Cárlos fué como de costumbre á hacer su visita ordinaria, para informarse del estado de su padrino; y con esa penetracion del corazón que ama, notó en Elena una inquietud y un afán nuevo.

—Qué tienes, preguntó á la jóven en un instante en que el anciano no podia oirlo; te hallo mas pálida que otros dias.

Aquel acento produjo un nuevo temor en el alma de Elena. Las palabras de su abuelo, la seguridad con que la habia hablado del amor que suponía en Cárlos, acudieron á su memoria, y temió que D. Martin tuviese razon.

La pobre niña se asustó ante la idea de labrar á su pesar la desgracia de aquel noble jóven, y preocupada con este pensamiento no halló una palabra que responder.

Fijó sus ojos en Cárlos, y la mirada de este tierna, afanosa, ardiente, posándose en ella con anhelo, parecia confirmar aquella sospecha, que hubiera aumentado los pesares de su alma.

Aquella mirada encerraba un mundo de passion, y por un instante la verdad apareció clara y segura ante la vista de Elena.

La pobre niña se sintió en aquel momento doblemente desgraciada.

Cárlos notó su agitacion, aunque sin saber la causa, y con voz mas tierna, mas suave, mas anhelante, la volvió á preguntar:

—¿Qué tienes, hermana mia?

La jóven respiró con mas libertad.

Cárlos la habia dicho «hermana mia», y este dulce nombre lo explicaba todo.

¿Por ventura el afecto de hermano, no justificaba aquel interés, aquel cariño con que la interrogaba entónces?

Oh! Elena le agradeció con toda el alma que la hubiese llamado de aquel modo.

El título de hermana en boca de Cárlos destruía todas las dudas que las palabras del anciano habian despertado en su corazon.

Ella agradecida, quiso recompensar á Cárlos aquel fraternal cariño revelándole todo cuanto se encerraba en su pecho, y murmuró casi á su oído:

—Oh! Cárlos, hermano mio, tengo mucho que decirte; pero á tí solo, entiendes? á tí solo.

—Y bien, cuándo?

—Vuelve esta noche, cuando mi padre se haya recogido y todo lo sabrás, y aún podrás aconsejarme.

—No faltaré, respondió el jóven; no faltare, te lo prometo.

El dia se pasó sin mas incidente, y por la tarde, á la hora de costumbre, Fanny apareció en la estancia de su amiga.

Elena, que casi tenia la seguridad que aquella niña era su hermana, la recibió con mayores muestras de cariño y solicitud, y cuando estuvieron solas la preguntó por su padre con un afán que no sabia dominar.

—A propósito de él, respondió Fanny; quiere conocerte á todo trance.

—De veras? exclamó Elena temblando.

—Vaya si lo es! figúrate tú que ha dispuesto esta noche en casa una reunion de confianza para tener un pretexto de obligarte á que vengas.

—Es posible!

—Cómo lo oyes: por supuesto, él cree que tú ignoras todo esto, puesto que me ha encargado que nada te diga.

—Sí?

—Ya ves, ¡cómo si entre dos amigas como nosotras pudiera haber nada oculto!

—Oh! Fanny, yo te agradezco...

—No digas eso! solo si te ruego que no te des por entendida, y que él piense que ignoras este empeño, que por otra parte yo no sé como explicar.

—Haré lo que deseas!

—Bien, bien, porque segun eso, estás resuelta á complacerme? estás resuelta á venir á casa?

—Sí, sí.... es decir, si mi abuelo consiente en ello.

—No ha de consentir! yo se lo rogaré con tal empeño que no tendrá mas remedio que ceder.

—Él es tan bueno que solo desea complacerme.

—Yo le diré que mi padre....

—No, no: no le nombres para nada: con que tú se lo digas en nombre tuyo es bastante.

Elena sabia que su abuelo no se habia cuidado de preguntarle el apellido de Fanny, y temia que esta lo pronunciase en su presencia.

Ella queria averiguar sola toda la verdad, y obrar despues segun las circunstancias la indicasen.

Por eso accedió con tanta prontitud á ir aquella noche á casa del banquero.

Tambien allí estaria Ricardo.

¡Oh! la jóven iba á sufrir dos pruebas terribles; pero queria llegar al término cuanto antes.

La inocente y buena Fanny, que nada sospechaba de lo que pasaba en el alma de su amiga, le decia con su acostumbrada dulzura y su franca alegría:

—Es preciso que lleves algunas de tus piezas de música favorita; mi padre sabe que eres una gran profesora.

—Que lo sabe?

—Él mismo me lo ha dicho, te ha oido alguna vez desde nuestro jardín, y sobre todo quiere que toques una melodía....

—Ah! si, ya sé: sin duda la que preferia mi madre.

—Yo no sé, él luego te dirá.... ahora, quisiera hacerte una súplica.

—Dí!

—Es un capricho... un deseo que me ha ocurrido, y que quiero que satisfagas.

—Expílicate.

—Á su vez Fanny vaciló un instante, porque no era un capricho, no era la realizacion de un vano antojo, lo que iba á exigir; era que aquella niña superior, con una delicadeza de sentimientos incomparable, no queria que Elena sufriese humillacion alguna al presentarse en su casa: y conociendo su posicion, muy inferior á la que ella ocupaba, habia buscado el medio de conciliarlo todo.

—Nosotras, dijo al fin con una encantadora sonrisa, nos llamamos hermanas, aunque desgraciadamente no lo somos.

—Y bien? dijo Elena que no sabia á dónde iba Fanny á parar.

—Yo quiero que esta noche nos presentemos iguales, ante nuestra pequeña sociedad, y he dado orden á mi doncella de que nos prepare dos trajes semejantes en todo: yo te ruego pues que aceptes uno.

—Fanny, no sé si debo...

—Bah! y por qué no? yo te suplico que cedas á mi deseo, lo harás, es verdad?

—Sea como quieras, respondió Elena dominada como siempre por el dulce atractivo de su amiga.

—Ahora es preciso obtener el consentimiento de tu abuelo; llévame á su lado y verás como cede á mi peticion.

Elena condujo á Fanny junto á D. Martin, y ella, con un acento lleno de gracia y de finura, espuso su deseo al anciano, que lo halló muy sencillo y muy justo.

—Sí, respondió; Elena puede ir con V., señorita; mi pobre hija pasa una vida harto triste, y yo bendigo esta ocasion que la proporciona algunas horas de un inocente placer.

La hija del banquero dió las gracias á D. Martin, mientras Elena le decia:

—Yo no tardaré mucho, no le dejaré solo por largo espacio.

—No; nada eso, te prohibo que pienses en mí. Agueda queda a mi cuidado y nada necesito, diviértete, hija mía; goza algunas horas: la juventud es un don del cielo y debemos aprovechar sus hermosas horas.

Fanny llena de alegría, propuso que Elena la acompañase, ofreciendo á ésta que permanecerian en su tocador, hasta la hora de la reunion.

Su deseo fué atendido, y ambas salieron del cuarto del anciano, para reunirse á Miss Ana, que las esperaba ya.

D. Martin, despues de haber besado la frente

de su nieta y de haber estrechado la mano de Fanny, las habia visto alejarse murmurando tristemente:

—Cuán hermosa y cuán buena sobre todo! oh! Dios haga que mis presentimientos me engañen, y que sea mas feliz que su madre.

Las dos niñas entretanto habian bajado la escalera, y cruzaban el corto espacio de calle que tenian que recorrer para llegar al palacio del banquero.

Nadie al verlas, llenas de juventud, de inocencia, de belleza, hubiera podido dudar que las dos eran igualmente felices, que las dos sonreian tranquilamente al porvenir. Nadie, ay! nadie hubiera sospechado que en la purisima frente de Elena se albergaban tan encontrados pensamientos, y que mientras su labio sonreia, su corazon gemia, presa de amargura y de temores sin fin!

(Continuaré).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

VARIEDADES.

CUENTO MORAL.—*Honrar padre y madre.*—«Érase un hombre pobre y muy viejo, que tenia la vista turbia, torpe el oido, y vacilantes las piernas. Cuando estaba á la mesa, apenas podia sostener su cuchara, y derramaba la sopa sobre el mantel.

»La mujer de su hijo, y aun su mismo hijo, se disgustaron tanto por esto, que al fin le relegaron á un rincon, junto al fuego, donde le servian una mala comida en una escudilla de barro.

»Al pobre viejo se le asomaban á menudo las lagrimas á los ojos, y miraba tristemente hácia la mesa.

»Un dia, no pudiendo sus manos temblorosas sostener la escudilla, la dejó caer al suelo y se rompió; por lo que la mujer se deshizo en reproches, á los que contestó bajando la vista y suspirando. Despues de esto, le compraron una cazuela de madera en la que prosiguieron dándole de comer.

»Pocos dias despues vió el matrimonio á su niño de cuatro años ocupado en juntar por el suelo algunos pedazos de madera.

—¿Qué haces ahí? le preguntó su padre.

—Una cazuela para que coman papá y mamá cuando sean viejos, respondió.

»El marido y la mujer se miraron un instante sin decir nada; despues se echaron á llorar; y comprendiendo la leccion, que tan inocentemente les habia dado el niño, volvieron á sentar al viejo á su mesa, sin que sus lábios profiriesen la menor queja, cuando sus trémulas manos manchaban el mantel.»

GRANADA:

IMPRENTA DE D. FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo.